



Ciudadanos

Revista de Crítica Política y Propuesta

Contenidos

Editorial

Por Osvaldo Alvarez Guerrero

5

Circunstancias

Neoliberalismo y saqueo. Hacia la liquidación del sistema de Seguridad Social

Por Jorge Beinstein

11

Consenso y disenso

La búsqueda de un nuevo horizonte utópico

Por Celso Furtado

21

Diálogos

La Epopeya de las palabras

Elisa Carrió y Graciela Frigerio

31

Crítica y propuestas

La Argentina como problema.

Argentina: Los desafíos de un nuevo tiempo histórico

Por Alcira Argumedo

51

La casta del saber convencional

Por Rubén Lo Vuolo

67

El Ocaso del Modelo

Por Eric Calcagno

77

Lineamientos para la Reforma del Sistema Impositivo Nacional

Por José Eidelman

87

El modelo neoliberal argentino y el contexto internacional

Por José Villadeamigo

101

Reflexiones

La Viveza Criolla

Por Marcos Aguinis

125

Investigaciones

Arturo Illia. La campaña periodística y el golpe de Estado de 1966

Por Miguel Angel Taroncher

133

Documentos

Deuda externa Privada. Las alternativas de una investigación olvidada.

Por Alejandro Olmos

149

Notas bibliográficas

161

Ciudadanos

Año 2 - Número 2 - Verano 2001

Director

OSVALDO ALVAREZ GUERRERO

Jefe De Redacción

DANIEL MARCOS

Secretaria De Redacción

MARITA GONZÁLEZ

Coordinación

LILIANA SIFFREDI

Diseño Gráfico

GUSTAVO LOVALVO

FERNANDEZ//GALLI

DEPARTAMENTO EDITORIAL TGS

Foto de Tapa

ARIEL PRADELLI

Distribución

EDICIONES CORREGIDOR

Rodríguez Peña 452 (1020)

Buenos Aires.

Propietario

Ciudadanos es una publicación de aparición trimestral de la FUNDACIÓN ARTURO ILLIA PARA LA DEMOCRACIA Y LA PAZ Hipólito Yrigoyen 1910 5° B (1089) Ciudad de Buenos Aires, República Argentina. Tel/Fax (+5411) 4952-8637 E-mail: fuai@arnet.com.ar

Suscripciones

Personalmente o por correo postal a Hipólito Yrigoyen 1910 5° B (1089) Ciudad de Buenos Aires, República Argentina. - Tel/Fax: (+5411) 4952-8637 o por E-mail: fuai@arnet.com.ar

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.

N° de ISSN N° 1515-5676.

Los artículos que integran esta edición, son exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente el pensamiento de la revista ni de la Fundación.

Queda rigurosamente prohibidas sin autorización escrita previa de los titulares del "Copyrights" bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprografía y el tratamiento informático. © 2000 Fundación Arturo Illia, todos los derechos reservados.

Impresión

TGS Industria Gráfica. Echeverría 5036/38 (1431) Ciudad de Buenos Aires República Argentina E-mail: tgs@arnet.com.ar

Editorial

Por Osvaldo Alvarez Guerrero

LA ARGENTINA COMO PROBLEMA

La Argentina tiene muchos problemas, tantos que en sí misma constituye una cuestión que no se termina de aclarar; o que si se presumiera aclarada, arroja posibilidades de respuesta discutible y dudosa.

Hacia 1980, Raúl Alfonsín escribió un libro que contribuyó a presentarlo ante la inquieta circunstancia de aquellos años, como un político inteligente y poseedor de ideas y propuestas democráticas renovadas y distintas. Se llamaba "La Cuestión Argentina"¹. Se preguntaba en él por el origen de las crisis y la decadencia de nuestro país. La ubicación en el tiempo no parecía discutible: 1930, año de la caída del Presidente Yrigoyen, de su régimen democrático como el primero de una larga cadena de golpes militares. ¿Quién o quienes eran los responsables? ¿Las fuerzas armadas, los políticos, los sindicatos, el imperialismo?

La tesis central afirmaba la existencia perturbadora y la responsabilidad directa de una oligarquía dominante, que aprovechó las divisiones del pueblo en antinomias estériles e inconducentes. Como en el Circo Romano,

la oligarquía asistía satisfecha a la pelea de radicales y peronistas, socialistas y comunistas, gladiadores fuertes y valientes de igual condición. Y desde el palco imperial, la clase dominante bajaba el dedo para declarar la derrota y muerte de algunos de los contendientes, que no alcanzaban a comprender que la pelea auténtica no debía dilucidarse entre ellos, y que el auténtico enemigo no estaba en la arena. Las fuerzas armadas constituían, en todo caso, el instrumento que eventualmente se utilizaba para el ejercicio del poder plutocrático sin raíz nacional. En otras oportunidades serían las fuerzas políticas y sindicales los socios, cómplices ingenuos (o no tanto) de esa oligarquía.

El libro adoptaba la forma de reportaje, con cierta analogía dialéctica, lo que implicaba un intento por rechazar toda afirmación absoluta y definitiva. Quizá su relectura, -teniendo presente esa característica flexible y cautelosa- hoy podría acreditar la vigencia de estas hipótesis, aunque se infirieran algunas contradicciones que la experiencia de las prácticas políticas argentinas no puede soslayar veinte años después. Esa contradicción entre la palabra y los hechos, en todo caso, desvalorizaría las conductas, pero no las ideas.

Pero cito aquella inquisitoria casi olvidada de uno de los protagonistas de nuestro tiempo, porque sirve para mostrarnos el relativismo y variabilidad de la "Cuestión Argentina". Hasta podemos llegar a interrogarnos, en estos días de desorientación generalizada, sobre la corrección lógica, conceptual o aun lingüística de ese planteo. Por lo pronto, en ese curso de pensamiento, brota el peligro del esquematismo ¿Es que nuestra cuestión es una y totalmente abarcadora? ¿Será tal vez una suerte de sumatoria que conjuga todos los problemas y los unifica ontológicamente? Convergamos que esos cuestionamientos son parte del problema, no una precondición ajena a éste.

EL DRAMA

Por otro lado ¿Habrà efectivamente una cuestión problemática con especificidad argentina? En tiempos de globalización la pregunta es plausible. La respuesta afirmativa respecto de la existencia de problemas específicamente nacionales dependerá de la perspectiva con que encaremos semejante inquisición. Si existiera un conocimiento acabado del llamado proceso de globalización, que no es el caso, igualmente nos topáramos con manifestaciones variables, efectos y causas diversas, ecos heterogéneos según circunstancias de tiempo y lugar, no sólo en el examen de la "aldea global", sino aún en la mucho más restringida realidad regional.

Todo conocimiento social implica la necesidad de asumirnos como sujeto y como objeto de examen, simultáneamente. Ese sujeto somos nosotros, argentinos de aquí y de ahora, y ese objeto es nuestro país. Por lo tanto, resulta vital que comprendamos que el primer paso de toda respuesta a los problemas argentinos ha de circunscribirse, lo queramos o no, a lo más inmediato y presente.

Ahora bien: lo que más directamente nos afecta es la Argentina. Y esa es una experiencia intransferiblemente singular. Para que nos duela lo argentino, hemos de sentirnos

sujetos irremplazables del dolor, e incorporando la convicción de esa singularidad, cuestionarnos lo que es propia e indubitavelmente el objeto de la dolencia.

Pero más allá de estas disquisiciones, deberá admitirse que los argentinos del albor del Siglo XXI se sienten dramáticamente problematizados. Que sea este un atributo objetivamente evaluable, que tenga o no mayor subjetividad relativizante, que resulte más o menos peculiar, si lo comparamos con lo que les sucede a otros pueblos -más maduros o desarrollados, más sumergidos o emergentes- no quita un ápice de veracidad a esa percepción evidentemente colectiva.

Los problemas argentinos podrían clasificarse e incluso jerarquizarse por su importancia y preeminencia, por su carácter y objeto. Así han de ser urgentes o mediatos, originales o derivados, primarios o secundarios; morales, culturales, sociales, económicos, políticos. La teoría de los juegos estratégicos utiliza estas clasificaciones para trazar escenarios, deducir encrucijadas y alternativas, proponer métodos. Frecuentemente estas son jugarretas intelectuales, máscaras retóricas de una tecnocracia que encubre la pereza ante la praxis, y el temor a lo innovador e imaginativo.

Bertolt Brecht, un marxista inteligente, en tiempos de dogmatismo estalinista en los que la inteligencia crítica era considerada literalmente un pecado revolucionario, sugería a sus camaradas encargados de la propaganda partidaria que, en vez de hacerla sobre la base de dar respuesta a todos los problemas, confeccionaran una lista de los problemas que no tenían respuesta alguna.²

Su proposición no era una ironía, sino una objetiva y directísima descripción de la estupidez imperante en todo pensar autoritario. Por lo tanto, aplicable también a las concepciones vigentes del fascismo de mercado que hoy pretende inculcarnos sus verdades sin alternativas.

Como el pesimismo parece el resultado de estas complejidades, se tiende a pensar que los problemas que nos aquejan no tienen ninguna solución. Con lo cual dejarían de ser dramáticos para convertirse en fatalidades trágicas. Entonces ni valdría siquiera la pena hacerse planteo alguno. En ese campo de metafísica negativa, lo fatal rechaza toda consideración crítica. Solo puede imponer resignación, o en todo caso, culpa. Pero la culpa sólo concierne al pasado. Podríamos imaginar que la fatalidad se generó en una cadena de sucesivos errores, en alternativas no descubiertas oportunamente, en la ceguera o en el escepticismo de eventuales impotencias pretéritas. Pero en la medida que no se considere lo vivido como una experiencia útil, ese camino se cierra en sí mismo. No es adjudicándonos culpas de ese pasado, sino haciéndonos cargo de él como encontraremos su traza. Ese es el signo que nuclea hoy a la Argentina como problema.

LA BATALLA CULTURAL

Si le damos a la cultura su más amplia acepción antropológica, la batalla cultural que debemos emprender contra el régimen, es un problema central y una de sus causas reside en la perversión de la palabra: El régimen la ha corrompido. Precisamente, sobre ello, dialogan en CUIDADANOS, Elisa Carrió y Graciela Frigerio. Rescatemos su axial importancia.

José Ortega y Gasset decía que "La palabra es confesión. Todo otro destino que se le quiera dar es sucedáneo e impío, y el lenguaje, siempre que aspira a la plenitud de su misión consistirá en un verter nuestra alma sobre el alma ajena intentando romper la terrible radical soledad de los espíritus con que la vida social tan enferma de ficciones finge entre nosotros "proximidades" que en realidad no existen... Frente a esta soledad nativa tiene la palabra un oficio exquisitamente religioso, porque religión es obra de ligar, de unir, de comunicación, de comunión. Re-

cordad la más bella palabra del Cristo, palabra de trascendente democracia: Siempre que estéis juntos, me tendréis entre vosotros".³

Quizá ahí, en ese ámbito cultural que constituye la palabra, se encuentre la clave, excluidas las parcialidades partidistas, para concretar el sueño de la efectiva unión nacional en una República de iguales.

Desde esa clave, se disparan los otros problemas argentinos. Por ejemplo, el de los Partidos Políticos, instituciones básicas de la Democracia; obviamente, el de la economía popular desquiciada, que tiene naturaleza y condición política, y que pretende vedarse a la participación de la ciudadanía, siendo como lo es, las más afectada y excluida por el neoliberalismo. Y también el de la subsistencia de un régimen de dominación política, sus trampas ideológicas, su difusa naturaleza que se presenta como novedosa, ahistórica y positivista. CUIDADANOS no pretende agotar en este número la investigación de los problemas argentinos. Baste con un acercamiento cuidadoso a algunos de ellos.

Intentemos unas notas aproximativas a las características más generales del modelo vigente, en la búsqueda de categorías teóricas y prácticas que esclarezcan este gran tema. Y sobre todo que puedan superar los efectos paralizantes que hoy padecemos, alimentando de nuevas energías sociales a una Ciudadanía desorientada y amputada en su palabra. Porque ese es, precisamente, el primerísimo de los problemas que debemos considerar, una vez atendida su conexión con la batalla cultural, que constituye su génesis.

El régimen no se va solo y cuida celosamente su continuidad. La seguridad jurídica, la previsibilidad de las conductas gubernamentales, el "riesgo" país y los atractivos rentables que seduzcan a los inversores en busca de altas ganancias, el juego de las fuerzas del mercado, la competitividad y otras argucias

del "saber convencional" - del que habla Ru-bén Lo Vuolo en esta revista -son su discurso preferido. Esconde su transversalidad, por-que tiene gran capacidad de filtrarse en todos los sectores y clases sociales, a través de la persuasión mediática. La investigación acadé-mica de Miguel Ángel Taroncher analiza la importancia de este último elemento en un proceso histórico argentino crucial.

El régimen es profundamente conserva-dor, por convicción y vocación. Sin embar-go, no lo demonicemos, condición sine qua non para poder enfrentarlo. Aunque objeti-vamente impiadoso e implacable, al fin y al cabo, es también construcción humana -por cierto, no humanitaria-, y por lo tanto posee una fragilidad timorata que le es intrínseca. Su campo de batalla preferido es el de la do-minación económica financiera. A partir de las finanzas, el poder que ostenta ya no está fundado en la propiedad de la tierra, o en las actividades productivas exportables, sino en la explotación de algunos servicios públicos monopólicos y de los recursos naturales no renovables. Deriva de sus vínculos con el gran capital financiero trasnacional, y es usu-fructuario de los beneficios de esa dependen-cia cipaya del exterior. Ese ha sido el origen de los negociados corruptos y corruptores de la deuda externa y de las privatizaciones con-secuentes, tal como lo explica Alejandro Ol-mos en esta edición.

Descubramos sus falacias, no simplemen-te con el ánimo de desmitificar al régimen, sino para derrotarlo. Denunciar sus mentiras es insuficiente. En esta línea, los artículos de Jorge Beinstein y José Eidelman permiten comprender sus estrategias, en las que hay que reconocerles astucia y un enorme instru-mental persuasivo. La trivialización masiva suele ser el arma de cualquier régimen auto-ritario, incluso para los que alegan su demo-cratismo. No ahorremos la condena: Mercan-tilista y parasitario, que desprecia los valores del espíritu, ámbito sagrado de la persona, en el que la democracia se afirma. Descreído de

los valores éticos de la República, solo invo-ca la libertad para sí mismo y en perjuicio de la ciudadanía, ignorando la igualdad requeri-da para un orden justo y la solidaridad que constituye su fermento. Para véncerlo es ne-cesario entenderlo en su historicidad. Lo que somos y padecemos hoy los argentinos es producto de nuestra propia construcción histórica.

LA NACION VACANTE

Por eso CUIDADANOS pone especial dedi-cación a la dialéctica económica de la histo-ria. En los artículos de Celso Furtado, José Villadeamigo, Alcira Argumedo y Eric Cal-cagno, se insiste al respecto. Ahí es donde de-ctamos las contradicciones y los fracasos, las debilidades y también la fuerza del régimen.

La Argentina del inicio del siglo XXI ca-rece de Nación. Que el lector entienda la "Nación" como proyecto, como faena colec-tiva y de enérgico compromiso, no como en-tidad metafísica, invariable e inextinguible. Menos aún la Nación como mercado.

Nuestro país fue desintegrado, desquiciado en todos y cada uno de los mitos impulso-res de proyectos identitarios. En este proceso distingamos tres hitos:

- En la década del '70, se aniquiló la idea de "Revolución", pensada como cambio drástico y voluntario de las relaciones de poder. Esa idea estuvo presente en el origen mismo de la Nación, porque fue revolucio-naria la independencia y la creación de la República. A los revolucionarios de los setenta les sobró soberbia armada, inop-ortunidad de sus métodos y falacias ideologizantes, de un dogmatismo mecá-nico e irracional. A los represores del Proceso los distinguió su radical y reac-cionaria negación, aún más violenta, a todo cambio sustancial, y el desconoci-miento de los más elementales valores humanos. Esa anti-ética desembocó en la

muerte y el genocidio.

- En el principio de los años ochenta se banalizó destructivamente el concepto de "Patria". Invocándola falazmente, los jefes del Proceso nos llevaron a la absurda Guerra de las Malvinas, a la derrota humillante, a la traición y al sacrificio de muchos jóvenes, hasta los extremos del desencanto absoluto de los argentinos respecto de los valores superlativos que la "Patria" contiene. Sin ellos, no son posibles las solidaridades pujantes que socializan a los hombres, en ninguna geografía ni en ningún tiempo. La Patria no pudo jamás estar asociada exclusivamente a la guerra, menos aún cuando el belicismo se generó en la desesperación de dictadores para perpetuar su tiranía.

- En los años noventa, en fin, se fue corroyendo la "Política" como ética de la Democracia, hasta convertirla en cruda ingeniería para el ejercicio amoral del poder plutocrático. Los partidos políticos se transformaron en maquinarias publicitarias de electoralismo sin contenidos, sin ideas y sin principios. Diluidos éstos, se construyó el discurso totalitario de carácter hegemónico, que niega alternativas y congela en el escepticismo la dialéctica connatural a la evolución de la sociedad. Hoy abundan los tacticismos, las agachadas y el acuerdismo maniobrero propio de las sociedades decadentes, y que en nuestro país tiene como agravante el sustrato cultural conocido como la viveza criolla; sobre la cual reflexiona en CUIDADANOS, Marcos Aguinis.

LA FORJA

La Argentina problemática se debate ante un desafío nuevamente crucial. Lo crucial no ha sido excepción en nuestra joven historia. Una Nación en construcción no puede evitar ni ignorar sus encrucijadas ni la necesidad de sus opciones.

Nos comprometemos con la Democracia, no con esto que vivimos, su malsana invoca-

ción carente de pasiones y razones. Pero la Democracia exige hoy plantar con vital energía sus contenidos prácticos. Construir su legitimidad es reparar su soberanía herida. Es restablecer la organización estatal participativa, el derecho en toda su consistencia. Desde esa tríada republicana, hay que recuperar el control y la gestión de nuestras riquezas comunes, (el crédito y la moneda, los recursos naturales, los servicios públicos esenciales, el sistema fiscal e impositivo, las instituciones representativas y la Justicia, la Educación) Es poner todos estos instrumentos, que nos han sido confiscados, con el objetivo inequívoco de alcanzar el bienestar general. Lo que implica, en una realidad injusta, recuperarlos, en primer lugar, para los que no tienen techo, ni alimento, ni trabajo ni salario, ni salud ni educación, ni nada, que no sea su pasivo descontento.

Es obvio que esta tarea de reparación fundamental de la República, -para utilizar el léxico yrigoyeniano-, siendo la inicial e imprescindible, ha de exigir la consideración de otros problemas. Serán de otro estadio, pero no de menor significación: la reorganización federal, la reforma del régimen tributario, la reindustrialización, la incorporación de nuevas tecnologías, la Reforma de la Universidad, las nuevas estrategias comerciales... Por eso hay que reinstalar las razones de un programa económico y social, con sentido nacional, vocación popular y convicción democrática. Y avivar la pasión de una práctica colectiva, articulada ideológicamente en grandes fuerzas políticas.

En tan trascendentes fines -hasta hoy postergados, distorsionados- no pueden caber las excusas de las restricciones financieras de la deuda externa. Ni la alegación de la inviabilidad del crecimiento autónomo en un mundo globalizado. Ni la inmutabilidad de las desigualdades sociales en el capitalismo maduro del Siglo XXI, ni la postergación de la justicia distributiva en aras de la acumulación de capital para su posterior e hipotético

derrame. Lo que es inviable, lo que es irracional en estas realidades, es la pretensión de alargar ese statu quo inhumano, es la permanencia del atraso y el aniquilamiento de toda esperanza redentora de los desposeídos, es la creencia de que el egoísmo y el desprecio pueden perpetuarse naturalmente, y que en todo caso, se podrá ejercer nuevamente la represión ilegítima. Para el régimen, la legalidad es un instrumento descartable que se ajusta a sus conveniencias e intereses, e invocándola, está siempre dispuesto a burlarla.

Nuestra vida, la individual y la colectiva, es constitutivamente problemática, a veces absurda. Pero si alguna fatalidad admitimos es la que nos impulsa a lidiar contra ella, y de resistirnos a aceptar su validez moral. No amenaza la incertidumbre, sino, en todo caso, la cobardía. Las contingencias de la lucha no han de cohibir nuestro empeño, ni afectaran nuestra esencial libertad, esa que no nos puede quitar nadie. Solo podemos tener

miedo a la ineficacia para pensar y a las indecisiones para actuar. Pero cargados de riguroso vigor democrático, los Ciudadanos enfrentamos el ineludible acoso de nuestros deberes incumplidos y de nuestras responsabilidades aletargadas. Forjar ese doble temple es el desafío que proponemos.

NOTAS

¹Raul Alfonsín, "La Cuestión Argentina". Editorial Propuesta Argentina. Buenos Aires, 1980.

²Bertolt Brecht: "Escritos Políticos" Alianza Editorial. Madrid. 1979.

³José Ortega y Gasset, "El novecentismo", Conferencia en el Teatro Odeón de Buenos Aires, el 15 de noviembre de 1916, "Meditación del Pueblo Joven" Editorial. Revista de Occidente, Madrid, 1995.